

tos corporéos. ¿Pero esto qué quiere decir? ¿Qué falta en el Bien infinito algo de bondad de esos objetos? En ninguna manera; si solo, que del modo que está en él, ni es, ni puede ser objeto de los sentidos corpóreos. No falta de entidad, ò perfeccion de parte del objeto; solo falta capacidad de parte del sentido. Está esa perfeccion elevada à una esfera superior à toda potencia corporea; pero proporcionada al entendimiento de los Bienaventurados, hustrado con el lumbre de gloria, de cuya contemplacion les resulta una fruicion, ò delectacion, incomparablemente mayor, que quantas nosotros podemos percibir de los objetos de los sentidos.

## §. XVI.

69 **P**ero ya es tiempo de concluir este Discurso, el qual cerraré con llave de oro, probando el asunto, de que el Entè infinito es realmente todas las cosas, ò todos los entes, con una autoridad muy superior à la de todos los Doctores, y Maestros de nuestras Universidades. ¿Qué autoridad es esta? La de aquel Angel, vestido de sayal, el Seraphin de Asís; el qual en los Opusculos, que dexó escritos, incluyó aquella, que llama oracion quotidiana, y empieza con este tiernisimo centellante rasgo: *Deus meus, & omnia. Dios mio, y todas las cosas.*

97 El P. Ribadeneyra, en la Vida de este gran Santo, que escribió en el primero Tomo de su *Flos Sanctorum*, dice, que muy freqüentemente, elevado en velocisimos raptos el espíritu hácia su Criador, prorrumplia en estas voces por sí solas: *Deus meus, & omnia.* Y el Benedictino Cisterciense, Autor del devotisimo libro *Viator Christianus*, añade, que algunas veces se le oia orar toda la noche, repitiendo sin intermision las mismas palabras: *Deus meus, & omnia. Deus meus, & omnia.*

98 Estos, que el citado Autor llama movimientos anagogicos, ¿qué eran sino llamaradas, que hácia su Criador despedía aquel pecho abrasado en el divino amor? Pero à estos ardores de la voluntad, ¿ò qué admirables iluminaciones precederian en el entendimiento! Así era preciso que su-

sucediese. Y así me imagino, que entre Dios, y Francisco intervenia una especie de comercio conmutativo de generos tan preciosos, que solo pueden estimar dignamente su valor las Inteligencias Angelicas. De Dios, del Padre de las lumbres descendian à Francisco rayos de luz, de los quales en el espíritu de Francisco nacia rayos de fuego; de modo, que lo que recibia Francisco de Dios en luces, se lo retribuía Francisco à Dios en llamas. ¡O felicisima, y privilegiadisima alma! *Sancte Francisce, intercede pro novis.*

## NOTA.

” **H**abiendo concluido este Discurso, me acordé de haber leído esta máxima de un Padre de la Iglesia: *De Divinis etiam vera dicere periculosum est.* Lo que es preciso entender de las opiniones nuevas, aunque se supongan verdaderas. Y como se puede contar por nueva, por lo menos entre los Theologos Escolasticos, la que propongo en este Discurso de la continencia formal de las perfecciones criadas en la Deidad; mi intento es, que lo que digo en este assumpto no se mire como asercion positiva; si solo como razon de dudar contra la doctrina comun.”

## CARTA PRIMERA.

**SATISFACESE A UNA OBJECCION**  
contra una asercion incluida en el Discurso pasado: con cuya ocasion se discurre sobre los influxos de los Astros.

## §. I.

” **M**uy Reverendo P. Maestro, y muy señor mio: Recibi la de V. P. del dia 6 del pasado, con la Tomo V. de Cartas. E gus-

gustosa noticia de haber fenecido el viage, y restituidose á su celda con salud: atencion cariñosa, que estimo mucho. Apreciando asimismo como favor el remitirme los reparos, que ha meditado sobre mi Discurso Metaphysico del *Todo*, y la *Nada*, que tuvo la curiosidad de leer en su tránsito por este Colegio: juntamente con otro, que viene á ser como un comentario de aquella definicion, que Dios hizo de sí mismo, y nos comunicó su siervo Moysés en el libro del Exódo: *Ego sum qui sum*, destinado á mover al amor de Dios por un principio de la mas elevada Metaphysica, inducido á esta lectura de haberle insinuado un Lector Theologo compañero mio, que en dichos Discursos tocaba yo algunos puntos de Metaphysica, y Theología natural (en que con toda propiedad se puede decir, que para lo de Dios todo es uno) y opinaba en algunos de ellos con algun desvio del mas comun sentir de los Escolasticos: lo que la lectura de dichos Discursos efectivamente le mostró ser así; ó yá porque en ellos establezco alguna doctrina particular, ó yá porque con algun modo particular explico la doctrina comun, inclinándose V. P. á que en varios puntos hay de uno, y otro. Pero añade V. P. que todo lo especial que asiento, ó en la substancia, ó en el modo, en el Discurso que llamo comentario de la definicion de Dios, le parece bien fundado; de modo, que sino lo persuado enteramente, le doy por lo menos una gran probabilidad.

2 Y aun parece que estiende su aprobacion al Discurso del *Todo*, y la *Nada*, á excepcion de un punto determinado, en que me dice no puede convenir conmigo; esto es, en la continencia formal de todas las perfecciones criadas en la esencia del Criador. Sin embargo, yo creo haber probado bien esta asercion. Pero á mis pruebas opone V. P. lo primero, que estas solo pueden concluir en orden á las causas univocas, y particulares, no en orden á las generales, y las que llaman equivocas los Phylososofos. Mas yo pretendo, que prueban universalmente de todas. Y en quanto á la distincion de causas en universales,

E

y

y particulares, univocas, y equivocacas, digo lo primero, que yo no admito causa equivocaca alguna, y únicamente á Dios reconozco por causa generalissima. Y aun juzgo, que solo en este sentido se debe entender Santo Thomas, quando atribuye á Dios la qualidad de causa equivocaca; esto es, porque en contraposicion de las causas propriamente univocas, cuya activad está limitada á efectos de alguna determinada especie, no otra que la propria de cada causa, Dios se estiende á todas las especies, y á todos los géneros. 3. ¿Pues qué (me dirán muchos Phylososofos de las Aulas) el Sol, la Luna, los demás Astros, no son causas comunes de estas cosas sublunares? ¿Cómo se puede negar el influxo del Sol en todos los vegetables, en los minerales, y aun en todos los animales, sin excluir al racional? ¿No es axioma inconcuso aquel: *Deus, Sol, & homo generant hominem?*

4 Pero lo dicho dicho. Eso de los influxos de los Astros dió un gran baxio en su crédito de algun tiempo á esta parte, especialmente despues que se reconoció, que lo mucho que algunos Phylososofos rancios se empeñaron en exaltar su actividad, dió en todo, ó en gran parte origen, y fomento á los delirios de la Astrología Judiciaria.

5 Aquel grande hombre Juan Pico, Duque de la Mirandula, á quien con tanta razon llamaron el Fenix de su siglo, y con la misma pudieran llamar Angel humano, tanto por su comprehensiva inteligencia, como por la pureza Angelica de su vida, no concedió otro exercicio, ó funcion á los Astros en esta gran República del Universo, que el movimiento, y la iluminacion; entendiendose, que por lo menos respecto del Sol, en la luz comprehendió tambien el calor, el qual inseparablemente se difunde con la luz. Es el Mirandulano impugnado comunmente por los Phylososofos, los quales atribuyen una opinion tan poco favorable á esas lumbreras celestes, al ardor con que aquel Principe se aplicó á impugnar los varios caprichos de la Astrología Judiciaria; juzgando conveniente para desacreditar mas á los Astrologos, humillar tambien en

E 2

al-

alguna manera à los mismos Astros.

6 Sin embargo yo, pidiendo primero la vénia à los innumerables Phylósofos, que disienten del Mirandulano, entre los quales reconozco, que hay algunos dignos de la mayor veneracion, me atrevo à ponerme de su parte, por lo menos hasta el punto de dár por probabilisima su opinion.

7 Para lo qual supongo, que si los Astros son injuriados en ella, el que con mas justicia se puede quejar es el Sol. Ni esto es negable, ni habrá alguno, que lo niegue, quando parece, que ya todo el mundo se ha convenido en conceder à este gigante Astro la alta prerrogativa de Padre universal de todos los vivientes.

8 Ahora pues. Pretendo, que para todo lo que el Sol obra en este Orbe sublunar, no ha menester otra qualidad activa mas que el calor. Otra qualquiera virtud es superflua, y por consiguiente imaginaria, porque la naturaleza no duplica, ò multiplica las causas, y entidades sin necesidad. Lo que pruebo asi. El unico genero en que la experiencia nos muestra clara, è inmediatamente el influxo activo del Sol, es la produccion de los vegetables. ¿Y cómo obra en ella? Mediante el calor. Calienta el Sol la tierra: calentandola disuelve, y pone en movimiento los xugos nutricios que hay en ella: puestos estos xugos en movimiento, penetran, y descogen las semillas, que encuentran al paso: ya descogidas, les prestan el alimento para que vayan creciendo hasta lograr aquel volumen, que pide la naturaleza de cada vegetable, con las ramas, hojas, flores, y frutos correspondientes.

9 Prescindo aqui de la questão bastantemente espinosa de si en las semillas, que Dios produjo al principio del mundo, estaban formalmente contenidas todas las plantas, que por el discurso de los siglos habian de salir de ellas: opinion bastante válida entre los modernos, pero de que no tiene dependencia alguna el asunto presente; porque, que sea verdadera dicha opinion, que lo sea la opuesta de que cada vegetable succesivamente vá produciendo la se-

mi-

milla correspondiente à su especie (lo que à la verdad parece mas conforme al sagrado Texto del Génesis, cap. I. donde se expresa, que las plantas hacen sus semillas: *Protulit terra herbam virentem, & facientem semen, iuxta genus suum*), el Sol tiene solo el oficio de causa dispositiva, moviendo con el calor del xugo de la tierra: lo primero, para que penetrando las semillas, las estienda; y estendidas, vaya difundiendo por sus varios miembros, y ministrando à todos el nutrimento debido, hasta arribar à su perfeccion.

10 Que para prestar este beneficio à los vegetables, no ha menester el Sol otra facultad que la del calor, lo muestra visiblemente la experiencia, en que para dicho beneficio suple en muchos casos el fuego la falta del Sol. En el Diccionario de Moreri lei, que el Duque de Wirtemberg, Pais muy frio de Alemania, tiene una huerta muy espaciosa de naranjos, y limones. Sábese, que las semillas de estas dos especies, mayormente la de los limones, no fructifican sino en Países, ò calientes, ò muy templados. ¿Pues cómo se logran estos frutos en el frio clima de Wirtemberg? Sustituyendo el calor del fuego al del Sol, para lo qual esparcen por el terreno varios hornillos, que encienden à sus tiempos; añadiendo à esta diligencia la de cubrir los árboles con toldos, ò techos levadizos, los quales hacen el doble servicio de preservar del rigor de las heladas, y contener para que no se disipè el calor de los hornillos.

11 Es asimismo notorio, que en muchos parages los Labradores pobres aceleran la madurez de algunas de las frutas de sus huertos, regando las raíces de los árboles con agua caliente, ò tibia, por el interés de sacar algun mayor precio de su anticipada venta. Se dice que esta maniobra deteriora los árboles, y lo creo. Mas este daño no proviene de aquella anticipada calefacion, sino del frio, que muchas veces sobreviene prontamente à aquel extemporaneo calor, à causa de que como la referida negociacion se exerce solo con las frutas mas tempranas,

Tom. V. de Cartas.

E 3

v.

v. g. cerezas, es preciso cayga en la Primera, estación en que con los días templados, ò medianamente calientes se entreveran otros bastantemente frios. La razon por que el frio, sucediendo repentinamente el calor, daña las plantas fructíferas, no es ignorada de algun Physico mediano. Los Labradores vén el efecto, y los Phyllosofos la causa.

12 Ni el Sol exerce otro influxo, que el expresado, respecto de los vegetables; ni supuesto este influxo, respecto de los vegetables, necesita este Globo, ò Mundo, que habitamos, otro alguno para todas sus producciones, porque los vegetables sirven inmediatamente, ò mediatamente al aliento, y por consiguiente à la propagacion de todos los animales; esto es, sustentan por sí mismos muchos animales, y gran parte de estos prestan alimento à otros de su misma clase: v. g. respecto del hombre son nutrimentos gran parte de los vegetables, y gran parte de los brutos; de estos, segun sus varias especies, unos se nutren, en quanto pueden, de otros brutos, como las bestias feroces, las aves carnívoras, y los peces mayores, porque de unos brutos à otros no hay otro derecho, que el de la superioridad de la fuerza.

13 Pero (ay Dios!) cuántos racionales iniquamente se arrogan el mismo derecho! Los mayores se ceban en los menores, estos en otros menores, y así sucesivamente hasta la mas infeliz, y humilde plebe, que viene à nutrir à los demás hombres, como los mas de los insectos à otros brutos; esto es, sin compensacion: devoran estos à aquellos; pero nunca por falta de fuerza aquellos à estos; y así solo tienen recurso (hablo igualmente que de los insectos, ò minutísimos brutos, de los minutísimos racionales, que vienen à ser como insectos en la clase intelectual) solo tiene recurso, digo à los frutos, hojas, y raíces de los vegetables. Pero otro mundo hay en que los pequeños pueden desquitarse de lo que sufren à los grandes. Hablo de aquel mundo en que innumerables poderosos, y opulentos envidian, y envidiarán eternamente à los misera-  
bles Lázaros.

§. II.  
14 **V**uelvo ya de esta reflexion moral, que me ocurrió al paso, al asunto propio de esta Carta, en que me resta exáminar, si respecto de otros cuerpos diversos de las substancias animales, y vegetables, influye el Sol con otra qualidad distinta de la del calor. Realmente no faltan Phyllosofos, que en orden à algunos efectos de esta clase dan al Sol una ocupacion de bastante importancia. Hablo de la generacion de los metales, que quieren muchos sea obra de ese noble Planeta; lo que si fuese así, sería consiguiente constituir este influxo en otra qualidad distinta del calor: siendo constante, que el calor del Sol penetra muy pocos pies de la superficie de la tierra; y no menos cierto, que las venas de varios metales yacen à mucho mayor profundidad.

15 Pero lo primero, habiendo visto que para quanto el Sol obra en la superficie de la tierra no ha menester otra qualidad, que la del calor, legitimamente podemos conjeturar, que la misma le baste para otro qualquiera efecto, à que pueda estenderse su influxo. Lo segundo, porque es sumamente probable (tal lo juzgo), que el Sol, ni mediante el calor, ni mediante otra alguna virtud activa, influye en la generacion de los metales. La razon es, porque para esta tiene la tierra mucho mas à mano otro agente suficientísimo en los fuegos subterranos, y no multiplica la naturaleza las causas sin necesidad.

16 La existencia de los fuegos subterranos à distancias ya mayores, ya menores del centro de la tierra, invenciblemente se prueba. Lo primero de los muchos Volcanes esparcidos en varias Regiones, que algunos Autores cuentan hasta quatrocientos, ò quinientos. Lo segundo, del calor que se experimenta en las minas profundas, y tanto mayor, quanto es mayor la profundidad. Lo tercero, de los terremotos, cuya causa ya no se duda ser el fuego subterranos; y como no hay Region alguna, que no haya padecido este terrible azote del Cielo en algun tiempo, se sigue, que este nuestro elemento por todas par-

tes está minado de el del fuego. Teniendo, pues, la tierra dentro de su jurisdicción en el fuego elemental un agente tan poderoso para todo lo que necesita, ó la producción, ó la mixtura, ó la purificación de sus minerales, ¿ qué ha menester salir de sus límites á mendigar el socorro del fuego celeste para esos efectos?

17. Ciertamente, si algun cuerpo mineral nos excita la idea, ù ofrece la apariencia de deber su producción á la actividad del Sol, ninguno tanto como el oro. La hermosura, la nobleza, la solidez, el resplandor de este precioso metal parece que son otros tantos auténticos testimonios de que este Rey de los minerales debe su origen al Principe de los Astros. De modo, que si conviniesemos con los Phylosophos, que constituyen al Sol padre de todos los metales, sería preciso conceder al oro, no solo la primogenitura, mas tambien la preeminencia de único hijo suyo legitimo, dexando á los demás en la humilde clase de bastardos.

18. Pero todo esto es un alegato de mera apariencia. Y contra esta apariencia está la experiencia, quien decide soberanamente en las materias de physica.

19. El Padre Regnault en el tom. 2. de sus Coloquios Physicos, coloq. 8, refiere, que habiendo un curioso baxado á una profunda mina de oro en Ungria, experimentó la tierra fria hasta la profundidad de 480 pies; desde allí empezaba á minorarse el frio, al qual succedia un calor violento, tanto mas fuerte, quanto mas se profundaba.

20. Este hecho nos ofrece la deducción de dos consecuencias decisivas en la quèstion presente. La primera es, que estando aquella mina tan profunda, no podia penetrar hasta el sitio de ella la actividad del Sol, cuyo calor, como ya se insinuó arriba, no se estiende sino á muy pocos pies de la parte superior de la tierra: lo que confirma tambien, en el experimento propuesto, el frio, que se percibió hasta llegar á la altura de 480 pies. Ni se me replique, que aunque el calor solar esté limitado á tan corto espacio de tierra, acaso se estenderá mucho mas

otra

otra alguna qualidad activa del Astro, mediante la qual engendre el oro en senos muy distantes de esta exterior corteza de nuestro Globo. Digo, que el asunto de esta réplica carece de toda verisimilitud, mostrandonos la experiencia, que la virtud productiva del Sol se mide por los grados de calor, que comunica á la tierra. Asi en las altísimas montañas, donde el Sol poco, ó nada calienta, poco, ó nada produce, como lo vió Monsieur de la Condamine en algunos de aquellos eminentísimos picachos de las cordilleras de los Andes. De modo, que en las mayores alturas, donde pudo arribar, no se veían sino peñascos desnudos, y estériles arenas. Baxando de allí á alguna muy grande distancia, ya se encontraba uno, ù otro muy pigmeo arbusto; y descendiendo mas, se iba entrando en algunos bosques (*Relacion del viage hecho á la América por orden del Rey Christianísimo, para averiguar la figura de la tierra, escrita por Mr. de la Condamine*).

21. La segunda consecuencia, que se deduce del hecho referido, es, que en él se nos muestra otro agente para la fabrica del oro, muy distinto, y muy independiente del Sol; esto es, aquel calor intenso, que se experimenta descendiendo de la profundidad de 480 pies: efecto sin duda de algun fuego subterraneo, y que parece ser únicamente destinado á aquella noble producción metálica; pues en las obras de la naturaleza ninguna hay superflua, y en aquel profundo seno no es fácil señalar conduencia, ù destinación á otro fin á aquel calor, y fuego tan retirado de los animales, y vegetables, que pueblan nuestro Globo.

22. Ni obsta á lo dicho el que en algunas partes se encuentran venas de oro á corta distancia de la superficie de la tierra. Porque á esto se satisface lo primero, diciendo, que tambien en algunas partes hay fuegos subterranos vecinos á la superficie de la tierra, como se vé en los Volcanes. A que podemos añadir la experiencia de algunas fuentes de agua calidísima, quales son las que hay

hay en la Ciudad de Orense, mi patria, con el nombre de *Burgas*, cuyo intenso calor parece no puede ser producido de otra causa, que de algun vecino fuego subterráneo.

23 Puede decirse lo segundo, que ese oro, que se halla cerca de la superficie de la tierra, no tiene su nacimiento en aquel sitio, sino en otro mucho mas profundo. ¿Pues cómo se trasladó de una parte à otra? Con gran facilidad: esto se entiende, no en aquella consistencia dura, y sólida, con que se nos hace palpable, sino en vapores exáltados por los fuegos subterráneos; los quales, ascendiendo à lugar, ò frio, ò templado, vuelven à condensarse en aquella ponderosa masa propia de este metal; al modo que el agua del mar, rios, y lagos, disuelta acá abaxo por el calor, sube en vapores à alguna altura de la Atmosfera, donde destituida del calor, se vuelve à condensar en gotas, y baxa en lluvia lo que subió en vapor.

24 Sin embargo ocurre aquí una no leve dificultad; esto es, que el oro se pueda disolver en vapores, à lo qual parece se opone su compactísima textura; y lo que hace mas fuerza, la experiencia; sabiendose la que el célebre Roberto Boyle hizo de tener en continua fusion al fuego de un hornillo, por espacio de dos meses, un trozo de oro, el qual pesado exáctisimamente antes, y despues de la fusion, se halló no haber perdido en el fuego, ni el peso de un grano.

25 Esta bien. Doy por cierto el hecho, como atestado por el mismo Boyle, que era un Phylosofo de inviolable veracidad. Mas como se probará, que en las entrañas de la tierra no haya fuego, yá por la magnitud de su volumen, yá por la calidad del material, que le alimenta, mucho mas activo que el del horno de Boyle? Los terremotos, y los Volcanes, parece que prueban invenciblemente una gran superioridad de fuerza en aquel, comparado con este. Aquel fuego, que trastorna dilatadas cordilleras, que arroja à grandes distancias enormisimos pe-

ñascos, ¿à qué materia se aplicará debidamente, que no la resuelva, ò en cenizas, ò en vapores?

26 Añado, que no es preciso, que los vapores, que los fuegos subterráneos exaltan para que se condensen en otro cerca de la superficie de la tierra, sean extrahidos de otro mineral de la misma especie. Antes se debe tener por cierto, que son resolucion de otra materia muy distinta; porque la naturaleza no hace oro del oro: eso sería hacer nada; ò, usando de la locucion vulgar, *hacer que hacemos*; sino de materia, que no es oro. ¿Pero qué materia es esa? Llanamente confieso, que no lo sé. Y acaso nadie puede saberlo; porque los Mineros, que registran aquellos senos, carecen de la Phylosofia, que pide este exámen; y los Phylososfos no espero que jamas quieran habitar tan incómodos alojamientos todo el tiempo que es necesario para hacer las debidas observaciones.

27 De lo discurrido hasta aquí se deduce legitimamente, que el Sol no es causa equívoca, sino unívoca; porque lo que él directa, y propriamente executa, solo es calentár la tierra, y los xugos, y semillas, que sirven à las producciones, que corren por cuenta de otras causas; y respecto del calor no es el Sol causa equívoca, sino tan unívoca como la que mas. A que añado, que si este es causa equívoca, lo mismo se puede afirmar del fuego elemental; pues como se vió arriba, debidamente aplicado, tanto influye como el Sol en la produccion de los vegetables, y en la de los minerales mucho mas que el Sol.

28 Yo me inclino mucho à que no hay en todo el campo de la naturaleza causa equívoca alguna; y que si se exáminan bien las cosas, se hallará, que el efecto proprio, inmediato, y directo de qualquiera causa tiene uniformidad con la naturaleza, ò genérica, ò especifica de la misma causa; y por consiguiente esta no es equívoca, sino unívoca en orden à aquel efecto; lo qual no quita, que la misma causa, ò concurriendo parcialmente con otras, ò disponiendo la materia, ò removiendo algun impedi-

mento, preste tal qual influxo para otro efecto muy diverso.

29 Y el que esas, que llaman causas equivocadas, no pueden prestar accion alguna à los efectos, que como tales les atribuyen, sino disponiendo la materia, ò *per modum removentis prohibens*, se prueba efficacisimamente de que muchos de los efectos, que se le atribuyen, son de superior perfeccion específica, y aun genérica à la de esas causas. Varios Naturalistas modernos han hallado, como yá escribí en el Discurso pasado de *El Todo, y la Nada*, que no hay vegetable alguno en quien no se produzcan algunos insectos, todos de diferente especie en las diferentes especies vegetales. Todos esos insectos son de la clase animal, ò vivientes sensibles, por consiguiente de superior perfeccion específica, y genérica à la de los vivientes insensibles, ò meramente vegetales.

30 Esfuerzo mas este argumento con una esperiencia demonstrativa, de que aun agentes que carecen, no solo de vida sensitiva, mas aun de la vegetativa, pueden influir de algun modo en la produccion de efectos, informados, no solo de la vida vegetativa, mas tambien de la sensitiva. Esta experiencia nos ministra la invencion de que usan los Egypcios para multiplicar las aves domesticas, y que pocos años ha imitó felizmente en París el célebre Observador de la naturaleza Mr. de Reaumur. Forman los Egypcios unos hornos, en cada uno de los quales colocan millares de huevos gallináceos, con tal disposicion, y à tal distancia, que el fuego, que encienden en los hornos, les dé aquel grado de calor, que es menester para su fomento, sin riesgo de daño alguno. Con esta industria suple el fuego ventajosamente para la educacion de los pollos la incubacion de las madres. Y digo *ventajosamente*, porque en la incubacion son muchos los que se pierden, à causa de que siendo à las madres preciso acudir à otros menesteres, frecuentemente interrumpen aquel fomento; en cuyas interrupciones, especialmente si se resfria el ambiente, como à cada paso sucede, se enfrían,

Y

y estragan los huevos: riesgo à que no estan expuestos en los hornos, siendo allí facil continuar en el mismo grado de calor que los fomenta.

31 Combinando esta experiencia con las que hemos propuesto arriba de lo mucho que en las regiones, ò estaciones frias sirve el fuego para la produccion de los vegetales, y en todos tiempos para la de los minerales, se infiere la gran utilidad del fuego para la propagacion de las substancias, que pertenecen à todos los tres Reynos de la naturaleza. A que es consiguiente la importantissima seqüela, de que Dios nada crió que no sea bueno, y muy bueno, util, y muy util; quando aun el fuego, que solo presenta à los ojos el aspecto feroz de elemento destructivo, hallamos que es sumamente benéfico, y productivo. Es asi que Dios no hizo cosa, que no sea, ò pueda ser muy util al hombre; aunque para que en algunas, y aun en muchas, se logre la utilidad de su destino, dexó al cuidado del hombre la indagacion de su debido uso.

32 Privado, ya el Sol de la preeminencia de causa universal, ¿qué debemos juzgar de los demás Astros? Que con mas razon que el Sol se deben sujetar al mismo despojo.

33 En tres clases se pueden dividir los Astros; esto es, Planetas, Cometas, y Estrellas fixas. Cuento entre los Astros à los Cometas; esto es, por luminares permanentes como los demás, y criados como ellos al principio del mundo; pues si bien esto no está aun averiguado con una certeza total, me basta, por lo que mira al presente assumpto, el que ésta es la opinion mas válida entre los Astronomos modernos.

34 Empezando, pues, por los Planetas, el que entre estos, despues del Sol, puede con alguna apariéncia optar, yá que no à la preeminencia de causa universal, sí à ser reconocido por un agente de influxo dilatadísimo sobre innumerables substancias de nuestro Globo, es la Luna. El vulgo de todo el mundo, desde tiempo inmemorial, ha conspirado à venerar en la Luna un amplísimo dominio respecto de los vegetales, y no muy limitado hacia la de los animales. Es verisimil, que de algunos Phylososofos antiguos baxó à los

vul-